

EL MUNDO DE LA MEDICINA ANTIGUA EN AMIANO MARCELINO

Para el historiador del mundo tardoantiguo, uno de los deberes inexcusables consiste en acercarse a la que, sin duda, es la fuente textual más importante de este período: las *Res gestae* del historiador antioqueño (1) Amiano Marcelino. La razón de ello no se halla exclusivamente en la belleza literaria que nos ofrece (2), sino también en la enorme cantidad de datos que recibimos de esta obra: a lo largo de sus páginas aparecen los acontecimientos históricos, internos y externos, que afectaron al Imperio romano entre el reinado de Constancio II y el fatídico año de 378. Pero además, obtenemos un auténtico caudal de información sobre una serie de materias que el autor introduce en su narración en la forma de *excursus*, de forma poco traumática respecto al hilo argumental del texto, y que abarcan temas tan variados como descripciones etnográficas y geográficas, disgresiones científicas, etc. (3). Ello le otorga a las Historias amianeas, el carácter de obra enciclopédica: en efecto, nuestro protagonista hace alarde a través de sus páginas de una sólida formación basada en la lectura de los clásicos griegos y latinos (4).

En otras ocasiones, si queremos obtener noticias sobre algún tema puntual (por poner algún ejemplo: la mujer (5) o el uso de algún elemento de la vida cotidiana de un romano, verbigracia el vino (6)), entonces no hallaremos ninguna disgresión que nos informe, sino que tendremos que ir recopilando datos a lo largo de la lectura de las *Res gestae*. Éste puede resultar un ejercicio laborioso, pero en todo caso siempre fructífero: o al menos así acontece con el tema de la medicina antigua.

Amiano fue, durante gran parte de su vida, un soldado. A lo largo de su trayectoria profesional tuvo que estar, directa o indirectamente, relacionado con la medicina (7). De todas formas,

(1) Actualmente existe un enconado debate para decidir cuál fue en realidad la patria de Amiano: ¿la Grecia continental? ¿Antioquía, de veras? La primer tesis sería defendida por Fornara, Ch., *Studies in Ammianus Marcellinus I. The letter of Libanius and Ammianus' connection with Antioch*, «Historia», XLI, 3 (1992), pp. 328-344; apoyando la tesis tradicional, vease Matthews, J.F., *The origin of Ammianus*, «CQ», 44 (1994), pp. 252-269. Aquí apoyamos este último punto de vista.

(2) Mazzarino, S., *El fin del mundo antiguo*, Mexico, 1961, p. 46 dice de las «Res gestae» que fue el libro más insigne y meditado que produjo el Bajo Imperio.

(3) Sobre el *excursus* en Amiano Marcelino puede acudirse a Emmet, A., *Introductions and conclusions to digressions in Ammianus Marcellinus*, «MPHL», V (1981), pp. 15-33; Solari, A., *Le digressioni erudite di Ammiano*, «Atti della Accademia Nazionale dei Lincei», IV (1949), pp. 17-21.

(4) Blockley, R.C., *Ammianus Marcellinus. A study of his historiography and political thought*, Bruxelles, 1975, pp. 12-13; Camus, P.M., *Ammien Marcellin. Témoin des courants culturels et religieux à la fin du IVe siècle*, Paris, 1967, pp. 29-55; Fornara, Ch.W., *Studies in Ammianus Marcellinus II: Ammianus' knowledge and use of Greek and Latin literature*, «Historia», XLI, 4 (1992), pp. 420-438; Lana, I., *Ammiano Marcellino e la sua conoscenza degli autori greci*, en «Politica, cultura e religione nell'Impero Romano (secoli IV-VI) tra Oriente e Occidente», Napoles, 1993, pp. 23-40.

(5) Sabbah, G., *Présences féminines dans l'Histoire d'Ammien Marcellin. Les rôles politiques*, en «*Cognitio gestororum. The historiographic art of Ammianus Marcellinus*», Ed. by J. Den Boeft, D. Den Hengst, H.C. Teitler, Amsterdam, 1991, pp. 91-105.

(6) Guzmán, F.J., *In vino civilitas. Los bárbaros y el vino en Amiano*, en «Romano Barbarica», 15 (en prensa).

(7) Aunque no parece que hubiera combatido mucho. Austin N.J.E., *Ammianus on Warfare. An investigation into Ammianus' military knowledge*, Bruxelles, 1979, pp. 19 y 162, afirma que debió de estar vinculado a la vida administrativa dentro del ejército.

su conocimiento de la materia, aunque en ocasiones superficial, venía garantizado por la moda, extendida entre los miembros de los grupos sociales privilegiados, de incluir los conocimientos médicos (puestos en relación con la filosofía) en la formación académica del individuo⁽⁸⁾. Pero acerquémonos a las noticias médicas de las *Res gestae*.

En primer lugar podemos distinguir una serie de remedios «científicos»⁽⁹⁾ contra las enfermedades. Y comenzamos con XIV, 8, 12: en una disgresión geográfica por tierras del Próximo Oriente, Amiano cita las facultades curativas de las aguas termales de la región de Palestina⁽¹⁰⁾, un recurso que hoy, aunque se practica, no se incluye dentro de la medicina científica, pero que en el mundo antiguo supone uno de los tratamientos más aceptables. Por ejemplo, entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica hallamos abundantes testimonios de culto a las aguas (culto basado, en gran parte, en sus propiedades terapéuticas)⁽¹¹⁾. En XVII, 5, 7, a través de un tópico literario bastante frecuente entre los autores clásicos⁽¹²⁾ (el de la amputación de un elemento corrupto de la sociedad para salvar del contagio al resto), el antioqueño nos refiere otro procedimiento médico⁽¹³⁾. En cuanto al campo de la farmacología, poco es lo que encontramos en su obra, como poco es también lo que encontramos en la medicina antigua⁽¹⁴⁾. En XXII, 8, 28, de nuevo en un *excursus* geográfico, Amiano menciona para la región del Volga la existencia de una raíz que ofrece diversos usos medicinales. ¿Le habría servido esta raíz al emperador Constancio II para combatir las fiebres que le provocaron la muerte en Cilicia, cuando se hallaba camino de enfrentarse a su primo Juliano por el trono? En XXI, 15, 2 se nos dice que ningún fármaco que se le suministró al gobernante surtió efecto alguno.

Porque, sin duda alguna, siempre resulta mejor prevenir que curar. Y en el campo de la

(8) Nutton, V., *Ammianus and Alexandria*, «Clio Medica», 7, 3 (1972), p. 172.

(9) El término científico atribuido a la medicina aparece entrecomillado en cuanto que no puede hablarse de ésta como ciencia en el mundo antiguo. Siempre que lo utilice en este artículo se hallará referido a aquellos recursos médicos que ofrezcan un cierto paralelismo con la medicina actual.

(10) El termalismo terapéutico tuvo una gran difusión en el mundo antiguo. En Plin., *N.H.*, XXXI, 32 y XXXVIII, 55, Vitruv., VIII, 3, 4-5, Cels., I, 4; II, 17; III, 21; Galen., *Meth. Med.*, X, 10; XI, 10, Plin., *Ep.*, IX, 36,3, etc., hallamos algunos testimonios sobre las aplicaciones médicas de las aguas termales. Además, constituía uno de los mayores atractivos para los viajes «turísticos» de los romanos: ver Robert, J.N., *Los placeres en Roma*, Madrid, 1992, p. 155.

(11) Blázquez, J.M., *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid, 1975, pp. 161 ss.; Idem, *El culto a las aguas en la Península Ibérica*, en «Imagen y mito», Madrid, 1977, pp. 307-330; Blázquez, J.M., Gelabert, M.P., *Recientes aportaciones al culto de las aguas en la Hispania romana, Espacio, tiempo y forma*, Serie II, 5 (1992, pp. 121-131); ver también en este último, Almagro Gorbea, M., Moltó, L., «Saunas» en la Hispania romana, pp. 67-102; Olmos, R., *Iconografía y culto a las aguas de época prerromana en los mundos colonial e ibérico*, pp. 103-120; Moltó, L., *Tipos de agua minero-medicinales en yacimientos arqueológicos de la Península Ibérica*, pp. 211-228; Martín, C., *La estructura geológica de la Península Ibérica y sus aguas termales*, pp. 231-251.

(12) Cic., *De offic.*, III, 22; Tac., *Hist.*, II, 28; Anon. *Reb. Bell.*, XXI, 1 (sobre este último vease el comentario al pasaje que ofrece la edición de A. Giardina, 1989, p. 106).

(13) Amm. Marc., XVII, 5, 7: «Postremo si morem gerere suadenti uolueris recte, contemne partem exigam, semper luctificam et cruentam, ut cetera regas securus, prudenter reputans medellarum quoque artifices urere nonnumquam et secare et partes corporum amputare, ut reliquis uti liceat integris, hocque bestias factitare».

(14) Ver, por ejemplo, Taborelli, L., *Aromata e medicamenta in Plinio (parte prima)*, «Athenaeum», 1991, II, pp. 527-562; Idem, *Aromata e medicamenta exotica in Plinio*, «Athenaeum», 1994, I, pp. 111-152.

prevención Amiano nos ofrece algún consejo al respecto. En XXI, 16, 5-7, al hablarnos del antes mencionado Constancio nos dice que conservó durante su vida una salud de hierro gracias a la frugalidad de la que hacía alarde. Y es que, según nuestro historiador, ya los médicos de la época aconsejaban la parquedad en el comer⁽¹⁵⁾, el beber y en la vida sexual para conseguir una vida prolongada⁽¹⁶⁾. El hijo de Constantino no sólo guardó esas reglas, sino que además, según aparece en el fragmento, gustaba del sano hábito de comer abundante fruta (¡Qué actual!). Para complementar tales medidas, nada mejor que desarrollar una vida al aire libre, en contacto con el sol⁽¹⁷⁾, el aire puro y la naturaleza, elementos que, en conjunción con una dieta adecuada⁽¹⁸⁾ y algunas costumbres como la de no tomar baños cálidos, hacen de los montañeses tracios unas gentes sanas y robustas (XXVII, 4, 14).

Sin embargo, nunca son pocas las precauciones, sobre todo frente a enfermedades altamente contagiosas y que pueden llegar a convertirse en fulminantes. Por ejemplo, en el pasaje XIV, 6, 23-24 el antioqueño nos relata las medidas que toman los aristócratas en la propia Roma cuando un familiar o conocido contrae uno de estos padecimientos: en primer lugar se abstienen de visitarlos hasta que cobran la certeza de que ha sanado. Y si mandan a algún esclavo para que obtenga noticias del convaleciente, aquél no entrará en la casa de su señor sin haberse bañado antes de forma concienzuda, a fin de que cualquier amenaza del peligro quede neutralizado⁽¹⁹⁾. Porque podría ocurrir que se tratase de la peste, la temible muerte negra que había causado el óbito no ya de la masa de la población, sino además de personaje ilustres como Marco Aurelio⁽²⁰⁾. ¡Y pobre de todo aquel que llegue a contraerla! Comenzará por mostrar los síntomas que Amiano describe en XIX, 4, 2 al hablar del sitio de la plaza romana de Amida por los persas: accesos de tos y padecimientos en los ojos si el aquejado vive en zona húmeda y pantanosa; por el contrario, sufrirá el doliente fiebre lenta e inflamación general si vive en una región cálida (en la que el desarreglo será

(15) Regla que no seguirían los altos funcionarios de palacio quienes, según Amm. Marc., XXII, 4, 4, se entregaban a fastuosos y desenfrenados festines antes de que Juliano pusiera orden y concierto. Probablemente en estos banquetes se consumirían platos regios, como el de la vulva y mamas de cerda, que el propio Juliano rechazaba, prefiriendo siempre el toscó rancho de los soldados (XVI, 5, 3). Según Plin., *N.H.*, VIII, 209, aquel platillo sería prohibido en todas las leyes suntuarias proclamadas en Roma.

(16) Amiano destaca esta cualidad en su admirado Juliano en XXV, 4, 2-6. Al respecto, vease Blockley, R.C., *op. cit.*, p. 89; Seager, R., *Ammianus Marcellinus. Seven studies in his language and thought*, Columbia, 1986, pp. 18-19.

(17) El que Amiano aconseje el sol puede hallarse en relación con sus propias creencias religiosas, de clara raíz heliocéntrica. Acúdase a Camus, P.M., *op. cit.*, pp. 133 ss; Solari, A., *Particularismo religioso bizantino di Ammiano*, «Att. Acc. Naz. Linc.», IV (1949), pp. 502-508, etc.

(18) En Diod. Sic., III, 17, 5 se nos habla del pueblo de los ictiófagos, el cual desconoce la medicina, aunque rara vez sus miembros contraen enfermedades gracias a la simplicidad de su dieta.

(19) Naturalmente, hay que observar este relato dentro de la ácida crítica a la que Amiano somete a parte de la *nobilitas* romana. Al respecto, vease, por ejemplo, Cameron, A., *The Roman friends of Ammianus*, «JRS», LIV (1964), pp. 15-28.

(20) Amiano ofrece un curioso origen de aquella famosa y terrible peste que tantas muertes costara en los años ochenta del siglo II d.C. En su *excursus* sobre los Persas (al respecto puede consultarse Signes, J., *El excursus de los Persas de Amiano Marcelino (XXIII, 6)*, «Veleia», VII (1990), pp. 351-375) aparecen los soldados de Vero saqueando un templo. En él encuentran un agujero del que escapa el virus, contenido allí por la magia de los caldeos. En SHA, *Ver.*, VIII, 1-2 hallamos más noticias relacionadas con esta epidemia.

mayor a causa de la perniciosa influencia de la sequía⁽²¹⁾). Y dependiendo de qué tipo de peste se trate, así se experimentarán unos trastornos u otros. Amiano distingue hasta tres tipos: *pandemus* (propia de zonas secas y que se caracteriza por provocar intensas fiebres), *epidemus* (que ofusca la visión y altera los humores corporales) y *loemodes* (menos frecuente, pero fulminante como el rayo a quien la padezca). Por último, y por lo general, llega la muerte, haciendo estragos en hombres e incluso en animales⁽²²⁾. La verdad es que el hombre romano supone una presa fácil para las enfermedades⁽²³⁾, sobre todo si éstas revisten una gravedad importante⁽²⁴⁾. ¡Qué se lo digan, si no, al decurión Severo! Embajador de la norteafricana Leptis Magna que viaja hacia la corte para protestar ante el emperador por el descuido que sufre su provincia (ataques nómadas, rapacidad de los altos funcionarios estatales)⁽²⁵⁾, cuando llega a Cartago contrae una letal enfermedad que acaba rápidamente con su vida.

Pero en la Antigüedad existen otros recursos (también hoy día, en eso no hemos avanzado) que gozan del mismo prestigio (e incluso mayor) que los tratamientos que hemos acordado en llamar «científicos»: se trata de los sobrenaturales y divinos. Y en Amiano hallamos cuatro ejemplos. En XIV, 8, 3 se nos habla de los poderes curativos de los *manes* de Mobso (argonauta que formó parte de la tripulación de Jasón en la búsqueda del vellocino de oro), allá en la región de Cilicia. En otra ocasión, XVI, 8, 2 nuestro historiador nos informa de un remedio que hasta la medicina de la época daba por válido: los ensalmos de una anciana para curar dolencias. Este tipo de cura llegará a ser perseguido en tiempos de Constancio II⁽²⁶⁾. Ello lo comprobamos en las *Res gestae*, en XXIX, 2, 26, dónde otra anciana es condenada a la pena capital por curar unas fiebres de su hija a través de estos encantamientos. Pero más sofisticado es el curioso intento de curación de un padecimiento estomacal llevado a cabo por un muchacho en los baños públicos, consistente en recitar las siete vocales griegas⁽²⁷⁾. El joven fue acusado, torturado y decapitado.

Desconocemos el poder curativo de estos recursos sobrenaturales. Lo cierto era que los enfermos acudían a ellos en busca de la solución a su problema. La raíz del asunto podemos encon-

(21) Amiano recoge algunas teorías curiosas sobre los elementos desencadenantes de la peste: corrupción del aire o del agua, viciada ésta por la putrefacción animal u otras causas, variaciones atmosféricas o su presión repentina de la sudoración por condensación del aire a través de ciertas emanaciones terrestres.

(22) En la *Iliada*, I, 50, Homero afirma que la enfermedad afectaba en primer término a mulos y perros.

(23) Scobie, A., *Slums, sanitation and mortality in the Roman world*, «Klio», 68 (1986), pp. 399 ss. Curiosamente, según Amm.Marc., XXIII, 6, 18, los eunucos se diferenciarían del resto de los mortales frente a las enfermedades más dañinas. Para los eunucos en Amiano, veanse Redondo Sánchez, P., Bartolomé Gómez, J., *La valoración de los eunucos en Amiano Marcelino: el significado del elogio de Euterio*, «Veleia», 11 (1994), pp. 259-268; Blockley, R.C., *op. cit.*, pp. 142 ss.

(24) El caso de la muerte de Valentiniano I resulta significativo. Aquejado, al parecer, de una apoplejía (Amm.Marc., XXX, 8, 11), los médicos no pueden atenderle porque se hallan ocupados atendiendo una seria epidemia desatada en la zona y que estaba costando muchas vidas (sobre todo entre los soldados). Así pues, al emperador no parece matarle una enfermedad que le afecta directamente, sino indirectamente.

(25) Matthews, J.F., *The Roman empire of Ammianus*, London, 1989, pp. 383 ss.

(26) *CTb.*, IX, 16, 4-6. Incluso los miembros de la aristocracia que acudieran a este tipo de remedios podían ser condenados a muerte.

(27) Amm.Marc., XXIX, 2, 27. Estas vocales constituían, en relación con los siete planetas entonces conocidos, la base de la magia blanca.

trarla, quizás, en el mismo punto de partida por el cual alguien de hoy en día acude a un curandero o a un sanador: la incompetencia y la incapacidad de la medicina «científica» para aportar una curación. De este último aspecto nos habla Amiano en tres ocasiones. En XXV, 3, 7, los médicos se muestran incapaces de afrontar la mortal herida que Juliano⁽²⁸⁾ había recibido en combate contra los persas⁽²⁹⁾. En XXXI, 13, 14, en el contexto de la batalla de Adrianópolis (sin duda alguna el hecho histórico protagonista de la obra de Amiano⁽³⁰⁾), se nos dice que Valente, al huir del campo de batalla, se refugia en una casa donde será atendido de sus heridas por manos inexpertas. Probablemente el gobernante habría salido malparado de estas curas de no ser porque inmediatamente llegó el enemigo para dar muerte a los refugiados. Y si puede hablarse de inexperiencia en el mundo de la medicina antigua, según el juicio de Amiano, es precisamente en el caso de los bárbaros⁽³¹⁾. Éste constituía otro de los muchos defectos del tópico de las *externae gentes*⁽³²⁾. Tal inexperiencia se traducía, en muchas ocasiones, en el rapto de individuos civilizados para que complementasen esa deficiencia, sobre todo de mujeres, las cuales solían contar entre sus conocimientos habituales el de las artes médicas más elementales⁽³³⁾.

(28) La figura del médico fue bastante denigrada en la antigua Roma. En Sen., *De benef.*, II, 13,2 lo hallamos equiparado a otros oficios bastante mal vistos como el de comerciante o el de tratante de esclavos, personajes interesados que sólo se movían por el beneficio que podían extraer de sus servicios. Al respecto, vease Giardina, A., *El comerciante*, p. 305, en «El hombre romano», Giardina, A., *et alii*, Madrid, 1991. Sobre la figura del médico en Roma veanse Kobayashi, M., *The social status of doctors in the Early Roman Empire*, en «Forms of control and subordination in Antiquity», ed. by Yuge, T., Doi, M., Leiden-New York, Kobenhavn-Köln, 1988, pp. 416-419; André, J., *Être médecin à Rome*, Paris, 1987; Sin embargo, Juliano los apreciaba bastante, como puede comprobarse en alguna de sus cartas. Vease Alonso-Núñez, J.M., *Notas sobre el epistolario y las poesías del emperador Juliano*, *H. Ant.*, II (1972), p. 56.

(29) Vease también Zos., III, 29, 1.

(30) Sobre Adrianópolis, veanse Austin, N.J.E., *Ammianus' account of the Adrianople campaign. Some strategic observations*, «A. Class.», 15 (1972), pp. 77-83; Burns, T.S., *Barbarians within the gates of Rome. A study of Roman military policy and the barbarians, ca. 375-425 AD*, Indianapolis, 1994, pp. 1-42; Idem, *The battle of Adrianople: a reconsideration*, «Historia», 22 (1973), pp. 336-345; Delbruck, H., *History of the art of war. The Germans*, London, 1980, pp. 269-284; Pavan, M., *La battaglia di Adrianopoli*, «StudRom», 28 (1979), pp. 153-168; Solari, A., *Il consiglio di guerra ad Adrianopoli nel 378*, «RFIC», 1932, pp. 501-505; Speidel, M., *Sebastian's strike force at Adrianople*, «Klio», 78 (1996), pp. 434-437; Straub, J., *Die Wirkung der Niederlage bei Adrianopel auf die Diskussion über das Germanenproblem in der spätromischen Literatur*, «Philologus», 1942-43, pp. 255-286.

(31) El famoso caso del médico, y gran amigo de Juliano, Oribasio así lo demuestra. Desterrado, tras la muerte del Apóstata, a tierra de bárbaros, gracias a sus artes médicas fue venerado entre ellos casi como un dios. Ver Penella, R.J., *Greek philosophers and sophists in the Fourth century A.D. Studies in Eunapius of Sardis*, Wiltshire, 1990, pp. 112-114.

(32) Amiano fue, como todos los intelectuales clásicos (aunque en mayor medida), un autor hostil a los bárbaros. Sobre el tema pueden consultarse Bonani, S., *Ammiano Marcellino e i Barbari*, «RCCM», XXIII, 1981, pp. 125-142; Frezouls, E., *Les deux politiques de Rome face aux Barbares d'après Ammien Marcellin*, en «Crise et redressement dans les provinces Europeennes de l'Empire», Strasbourg, 1983, pp. 175-197; Wiedemann, T.E.J., *Between men and beasts: barbarians in Ammianus Marcellinus*, en «Past perspectives. Studies in Greek and Roman Historical writing», ed. by Moxon, I, Cambridge, 1986, pp. 189-221...

(33) Alonso del Real, C., *Esperando a los bárbaros*, Madrid, 1972, p. 157; vease también Abbot, D.R., *Germanic attitudes toward the Roman empire*, San Diego, 1978, p. 3.

De todos modos, no puede negarse que los antiguos dedicaron bastantes esfuerzos al conocimiento de la medicina. El mismo Amiano nos lo refiere al hablarnos del prestigio de la escuela médica de Alejandría⁽³⁴⁾. Y además existieron otros grandes centros de investigación médica⁽³⁵⁾ como la misma Roma, Pérgamo (cuna de Galeno⁽³⁶⁾) o Antioquía (aspecto este último, paradójicamente, no citado por Amiano). Asimismo observamos en el texto amiano algunos pasajes realmente curiosos sobre técnicas y disciplinas médicas que catalogaríamos de actuales y que en el siglo IV tienen un tosco paralelismo. Por ejemplo, en el campo de la ginecología, obtenemos un llamativo equivalente de la ecografía de nuestros días. En XXIX, 2, 5 encontramos al ilustre notario Basiano, recurriendo a la magia para conocer por anticipado el sexo del niño que le había de nacer de su mujer embarazada. A causa de esto le fueron confiscados sus bienes y a poco estuvo de ser condenado a muerte. Y dentro de la dermatología descubrimos un tratamiento capilar en XXX, 5, 11: a Faustino le costará la cabeza el haber sacrificado ritualmente a un asno para curar su alopecia. Tampoco faltan referencias a la psicología clínica: ya los filósofos antiguos, según Amiano, destacaban la irascibilidad a la que eran propensos los enfermos⁽³⁷⁾. Otro aspecto de «psicología clínica» de la época sería el miedo, ya en su vertiente negativa (XXIX, 1, 26), en cuanto que puede provocar un infarto (caso del ex-tesorero de Tracia, Salías que, cuando iba a ser conducido a un interrogatorio, presumiblemente con tortura de por medio, cae fulminado por el terror que el hecho le inspiraba), ya en su vertiente terapéutica. Tal es el caso del antes citado Valentiniano, quien sufría repentinos accesos de terror hacia cualquier posible peligro que pudiera amenazarle. Cómo este gobernante solía dejarse dominar por terribles estados de cólera⁽³⁸⁾, cuando su *magister officiorum* Remigio (que conocía tales accesos) le veía enojado, le hablaba de las últimas noticias sobre los inquietantes movimientos bárbaros en la frontera. El miedo, entonces, aplacaba la ira del emperador. Un tratamiento «de choque» (que diría cualquier psicoterapeuta de nuestros días), pero que ofrecía buenos resultados. Por último, en el terreno de la medicina de urgencia, asistimos en XXX, 6, 4-5, a una auténtica cura a vida o muerte sobre un Valentiniano moribundo (vease nota 38), en el que para intentar salvarle el médico, que llega tarde, le practica una sangría. Aunque tal remedio no sirvió para nada, puesto que no se obtuvo ni una gota de sangre: siguiendo a Amiano, el frío de Germania había obstruido los vasos sanguíneos llamados *haemorrhoidae* (vasos que nuestro autor no identifica con claridad).

En síntesis, una obra de un carácter tan amplio como la de Amiano Marcelino, tenía necesariamente que tocar el tema de la medicina antigua a lo largo de sus páginas, sobre todo en la turbulenta época que le tocó vivir, en la que el recurrir (como se había hecho tradicionalmente)

(34) Amm. Marc., XXII, 16, 18. Véase Scarborough, J., *Ammianus Marcellinus XXII, 16, 18: Alexandria's medical reputation in the Fourth century*, «Clio Medica», 1969, 4, pp. 141-142. No aceptado, en parte, por Nutton, V., *op. cit.*, especialmente pp. 170 ss., quien ve en Amiano cierta reserva respecto a la cualificación de los médicos de su tiempo. De todos modos, Egipto, como tierra bárbara aunque idealizada por los autores griegos, aparece en la Antigüedad como tierra de médicos por excelencia: ver Gómez Espelosín, F.J., *et alii, Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá de Henares, 1994, p. 182.

(35) Nutton, V., *op. cit.*, p. 171.

(36) Sobre este pionero de la medicina científica puede consultarse la bibliografía detallada en el monográfico del número 14 (1996) de la revista «Tempvs».

(37) Sen., *Ira.*, I, 13, 5; II, 19, 4.

(38) Amm. Marc., XXX, 6, 3 y 6. Parecen ser los síntomas inequívocos de una apoplejía, causada por un acceso de ira.

a la magia para usos médicos era utilizado como arma política para derribar a adversarios y disidentes. De igual manera, también en los *excursus* etnográficos y geográficos de dentro y fuera del Imperio hallamos noticias sobre la medicina. En suma: sus *Res gestae*, que ya resultan de gran utilidad para conocer distintos aspectos sociales, políticos, económicos, religiosos y culturales del Bajo Imperio también contribuyen a aportar algo de luz sobre un tema tan difícil de estudiar como es el de la medicina antigua⁽³⁹⁾.

Universidad de Cádiz

Francisco Javier Guzmán Armario

THE ATTEMPTED EXILE OF L. HOSTILIUS TUBULUS

In the *pro Scauro* (delivered 54 BC), Cicero attempts to illustrate that even the most villainous man would not commit a crime without motive. To highlight this idea, the orator invoked a figure that evidently personified wickedness and depravity for his audience: *Si mehercule, iudices, pro L. Tubulo dicerem, quem unum ex omni memoria sceleratissimum et audacissimum fuisse accepimus: tamen non timerem, venenum hospiti aut convivae si diceretur cenanti ab illo datum, cui neque heres neque iratus fuisset*⁽¹⁾.

(Members of the jury, even if I were defending L. Tubulus, whom we acknowledge was the most wicked and reckless man in history, I would not fear if it was alleged that he gave poison to a guest or dinner companion, if he was not an heir or enemy of that person).

With so many prominent evil-doers to choose from throughout Roman history, it may surprise us that Cicero selected such a seemingly obscure figure as L. Hostilius Tubulus. By chance, we know that even Cicero himself was unaware of the exact circumstances of Tubulus' crimes and had to seek Atticus' help for this information when he was gathering material for a later work⁽²⁾. The precise details of Tubulus' misdeeds may have required Atticus' expertise to reveal, but his general reputation for corruption and immorality was well-known. By the time of the satirist Lucilius in the late second century BC, Tubulus had become a proverbial scoundrel. He would continue to be vilified into the second century AD, when Gellius listed him as an equal of Catiline and Clodius in infamy⁽³⁾.

Aside from his enduring fame as a criminal, only a few bare facts concerning Tubulus' life survive. He was the scion of a senatorial family that could boast neither consulships nor remarkable achievements. When he was elected to the praetorship for 142, he appears to have been the first member of his family in over fifty years to achieve such a high position⁽⁴⁾. During his term

⁽³⁹⁾ Nutton, V., *op. cit.*, p. 165.

^(*) I wish to thank Dr. T. Corey Brennan for his constant support and advice in the preparation of this article. Any errors are entirely my own. All dates are BC unless otherwise specified.

⁽¹⁾ Cic. *Scaur.* frag. K.

⁽²⁾ Cic. *Att.* 12.5b.

⁽³⁾ Lucil. 1312M apud Cic. *N. D.* 1.63; Cic. *Fin.* 2.54, 4.77, 5.62; *N. D.* 3.74; Gel. 2.7.20. The Lucilius fragment concerning Tubulus was probably written sometime between 119 and 112: C. Cichorius, *Untersuchungen zu Lucilius* (Berlin, 1908), 346-47.

⁽⁴⁾ C. Hostilius Tubulus was *praetor urbanus* in 209: T.R.S. Broughton, *Magistrates of the Roman Republic* (New York, 1950-51), 1.285 with 289 n. 1. This man was probably a grandfather of the praetor of 142: F. Münzer, *RE VIII*, s.v. «Hostilius (25)», col. 2514.